

A romantic couple is shown in a close embrace against a brick wall. The woman, on the left, has long dark hair and is wearing a vibrant red strapless dress, a multi-strand necklace, and a small earring. She is looking up at the man. The man, on the right, is wearing a white dress shirt with rolled-up sleeves and a dark vest. He is leaning in to kiss her on the cheek. The lighting is dramatic, highlighting the couple against a dark background.

*Soberbiamente  
Apasionado*

*Chantal Paulette*

SOBERBIAMENTE  
APASIONADO

Chantal Paulette

© 2010 por MRC.

All rights reserved / Todos los derechos reservados.

Registro de derecho de autor: 10-261-462 Bogotá, Colombia.

Registro de Safe Creative: 1101018179289

ISBN: 9781301963157

Queda rigurosamente prohibida, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos sin la autorización escrita y legal de los titulares del “Copyright”.

Edición y corrección: MRC ©

Fotografías de portada: <http://pixabay.com/> © sus propietarios.

Montaje y diseño de portada: MRC ©

Aarón Cassidi es el hombre más orgulloso y soberbio de toda la empresa constructora. Cree que no hay nadie mejor que él en ningún aspecto, así que cuando Aly, una joven arquitecta de carácter sencillo y humilde, llega a desafiar su vanidad, se jura demostrar ante todos que él es muy superior y que puede ponerla en su lugar. El problema radica en que Aly es una mujer muy hermosa y despierta en él un abrumante deseo que nunca antes había sentido por otra mujer.

Aly siempre ha odiado la soberbia y la presunción, más si viene de un hombre que se considera el único merecedor de fama y poder. Sin embargo, la atracción hacia Aarón, ese hombre altivo y vanidoso, es más fuerte de lo que jamás había sentido en su vida.

Inicia así una lucha de personalidades, una batalla mediada por el intenso deseo y la candente pasión que surge entre los dos sin que puedan evitarlo: ¿quién ganará esa guerra?

## INDICE

Capítulo 1 .....	6
Capítulo 2 .....	18
Capítulo 3 .....	29
Capítulo 4 .....	48
Capítulo 5 .....	82
Capítulo 6 .....	111
Capítulo 7 .....	137
Capítulo 8 .....	149
Capítulo 9 .....	165
Capítulo 10 .....	180
Capítulo 11 .....	187

## Capítulo 1

—¿Y bien? —preguntó el hombre mayor cuando el más joven terminó de leer los documentos que éste le había llevado a la oficina minutos antes.

El hombre, sentado en su magnífico escritorio, sonrió con poderío y arrogancia mientras devolvía los papeles a la carpeta y la dejaba con indolencia sobre el escritorio.

—Pan comido —dijo juntando sus manos en posición de poder y reclinando su espalda sobre el asiento—. Como siempre, para mí es pan comido.

El señor Pottier lo observó por un momento desde la silla al otro lado del escritorio. Conocía al otro desde hacía mucho tiempo como para saber que esa sería la reacción que mostraría; siempre era así, pues si había algo que caracterizara a su interlocutor era su arrogancia y seguridad.

—Ya lo sé, Aarón, ya lo sé —le dijo Pottier tomando de nuevo la carpeta—. Pero sabes que es la norma, hay que hacer la convocatoria abierta para todos los arquitectos, no podemos dejar que nos acusen de tener preferencias; hay que ser imparciales.

—Tienes razón, pero yo ganaré. Yo siempre gano.

*No hay nadie mejor que yo. Ni más listo, ni más astuto, ni más apuesto. No hay un mejor arquitecto, ni un rival más fuerte, ni un mejor amante. Yo, sólo yo, soy el mejor y nadie lo puede negar.*

—No tengo la menor duda, Aarón —dijo el otro.

La sonrisa altiva y decidida se intensificó en los labios gruesos y atractivos de Aarón Cassidi mientras miraba la carpeta ahora en manos de Pottier. Contenía el nuevo comunicado de la presidencia de la constructora en el que se notificaba convocatoria interna a sus arquitectos para proponer el nuevo diseño de los importantes Hoteles Miraland, los más famosos y exitosos del país.

La luz del sol entraba a raudales por los enormes ventanales de la cómoda oficina del décimo piso de la prestigiosa empresa constructora HomeLight. El mobiliario

caro y elegante reflejaba a la perfección el rango de importancia del ocupante. El enorme escritorio de madera de roble, los muebles de cedro tapizados en cuero y los cuadros de uno de los pintores más famosos de la región denotaban que no se habían medido en gastos a la hora de engalanar la oficina del que ahora era el arquitecto más notable y envidiado de la compañía: Aarón Cassidi.

—Tendrás que comenzar a armar la propuesta —dijo Pottier—. Esta vez los clientes son más exigentes y la selección se hará con lupa.

Aarón se levantó de su puesto y caminó hacia uno de los ventanales. Sin mirar a Pottier comentó:

—No tengo miedo. Sabes que nunca fallo. Mis diseños son los mejores, los más elegantes y los más envidiados. Como siempre, seré el mejor. ¿Acaso no es eso lo que me tiene aquí?

—Sí, eso es verdad —admitió Pottier, uno de los principales accionistas de HomeLight.

Aarón había comenzado a trabajar en la constructora hacía cerca de siete años, después de regresar del extranjero donde había conseguido el codiciado título de PhD de la



mejor universidad del mundo. Ese éxito lo había logrado gracias a una beca otorgada por el gobierno y por sus éxitos anteriores y magníficas cualificaciones.

—Por algo me envidian todos —dijo Aarón con aire superior y pretencioso.

—Eso también es verdad. No hay ningún arquitecto que no te odie un poco por ser el mejor. Es el precio que hay que pagar.

La risa en los labios de Aarón se volvió más desdeñosa.

—¿Y crees que eso me afecta?

—¿En serio no te afecta? —preguntó Pottier con curiosidad.

—Para nada —respondió Aarón con firmeza mientras caminaba de nuevo hacia su silla y tomaba su posición de poder—. Al contrario, la envidia y el odio de los demás sólo confirman mi superioridad ante ellos.

*Este proyecto es tuyo, Aarón. No hay nadie más capacitado ni más inteligente. Eres un triunfador innato, ni punto de comparación con la manada de perdedores que trabajan contigo. En cuanto la junta directiva se dé cuenta*

*de ello, te entregará no sólo el proyecto sino también la presidencia de esta empresa: te lo mereces. Naciste para triunfar y nadie lo podrá evitar.*

Ya habían pasado siete años desde que un hombre de treinta y uno se había presentado y con su magnífico currículum había logrado eclipsar a los competidores. Durante el tiempo que había estado en la compañía se había destacado por ser el más brillante, el más ingenioso y el que mejores ideas aportaba. No había obra construida desde aquel tiempo en la que Aarón no hubiera trabajado, primero como arquitecto del equipo y después como arquitecto principal. Esto era de conocimiento de todos, y cuando había una nueva oportunidad, la única opción de quedarse con el proyecto era si Aarón no participaba.

—Eres muy confiado, amigo Aarón —comentó Pottier.

—Mi confianza en mí mismo es la que me ha dado la posición que ahora tengo —dijo con tono sabihondo.

Desde que era un niño se sabía superior a los demás: su padre siempre le exigía ser el mejor: el mejor estudiante, el mejor deportista, el mejor hijo. A pesar de la muerte de su

padre, el nivel de auto exigencia no disminuyó, más bien lo contrario: llegó a su máxima expresión. Vivía en una constante competencia contra los demás, contra el tiempo y contra sí mismo, esforzándose por ser cada vez mejor y por hacerlo saber a los otros.

—A veces ser demasiado confiado... —dijo Pottier.

—Ser demasiado confiado es bueno para los mejores —lo interrumpió Aarón—. Y yo soy el mejor aquí. Así que no pasará nada. Como siempre ganaré.

Pottier lo observó unos momentos y se dijo que si algún día alguien superaba a Aarón Cassidi el hecho sería un golpe demasiado fuerte para él.

—Siempre hay que estar preparado —insistió Pottier.

—Para mí eso no es necesario.

Pottier se levantó de la silla y dejó la carpeta sobre la mesa.

—Piénsalo. Por ahora te dejo trabajar, hay una propuesta que debes presentar.

—No será necesario que lo piense, invertiré mis energías en la nueva propuesta.

Pottier salió de la oficina de Aarón quien de nuevo tomó la carpeta en sus manos y volvió a leer.

Sí, el triunfo era suyo y estaba asegurado.

Dejando de nuevo el texto sobre su escritorio se levantó y caminó hacia el gran muro donde colgaban sus títulos, todos ellos era sus trofeos, los que había ganado a lo largo de su vida entera en la que había demostrado ser el mejor de todo.

¿Y Pottier en serio creía que podía haber alguien que lo superara?

Claro que no. Eso no era posible.

Caminó unos cuantos pasos más y vio la foto de Esther.

No podía negar que era la mujer más bella y sexy que había conocido en mucho tiempo. Tampoco podía negar que era una amante exquisita y refinada.

La hermosa pelirroja trabajaba en HomeLight desde hacía casi tres años; era asistente en la sección de publicidad. Desde el día en que la vio, la deseó y como siempre, logró lo que se propuso: conquistarla en tiempo

record, pues tan solo una semana después de ser presentados formalmente se hicieron amantes.

Esther era muy deseable y muy deseada. Ninguno de los cretinos del lugar notaba que él se daba cuenta cómo se la comían con la mirada cuando ella pasaba por el lado de ellos. Cuando esto pasaba, Aarón sólo sonreía con el pecho henchido de orgullo: sí, tenía siempre lo mejor.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando alguien tocó la puerta.

—Adelante —dijo él.

La preciosa pelirroja objeto de sus pensamientos entró a la oficina, como siempre, con su porte de muñeca y su sonrisa de eterna invitación a placeres sensuales. Vestía tan sexy como siempre: una corta y ceñida minifalda remarcaban sus piernas torneadas envueltas en medias de seda negra. Sus pechos siempre inmóviles, estaban apretados por la camiseta con escote profundo y atrevido.

Sin mediar palabra se arrojó a los brazos del hombre que la recibió ansioso para estrecharla contra sí. Los brazos de la mujer se enredaron en el cuello masculino mientras que su cuerpo se pegaba insinuante al de él. La boca roja y

húmeda incitó los labios masculinos que se adelantaron prestos a responder el sensual asalto.

El beso fue pasional y erótico, como siempre. Las lenguas se enredaron en una lujuriosa batalla de placer que daba rienda suelta al deseo que ya se anunciaba en los cuerpos de los amantes. Parecían querer devorarse. Las manos inquietas de Aarón viajaron hacia las redondeadas nalgas de Esther para apretarla más contra sí y mostrarle la potente erección que se escondía en sus pantalones.

La mujer ronroneó y separó su boca de la del hombre.

—Veo que estás... de buen humor —dijo la dama con tono pícaro.

—Para ti siempre estoy... de buen humor.

Aarón tomó a Esther por la cintura y la alzó invitándola a rodearlo con las piernas. La mujer lo hizo y entonces el caballero caminó hasta su escritorio donde apoyó el cuerpo de la mujer para reclinarsse sobre ella.

—Espera —dijo ella súbitamente empujando el pecho del hombre con sus manos.

—¿Qué pasa? —preguntó él algo molesto.

—No vine para esto —dijo ella logrando alejar su cuerpo del de él.

—¿Entonces? —preguntó él con algo de ira.

No eran una verdadera pareja, o por lo menos él no la consideraba así. Aarón jamás había tenido una pareja en el verdadero sentido de la palabra: no para comprenderse, para ayudarse o para ir juntos. Todas sus amantes habían sido para los ratos placenteros de sexo, pero nada más. No creía en ese sentimiento absurdo que cantaban los poetas y los tontos, una mujer era para lo básico: sexo y nada más.

Y se lo había dejado claro a Esther, quien no tenía la menor posibilidad de alegar nada, pues era plenamente consciente sus ideas.

Esther bajó del escritorio y tiró su minifalda hacia abajo, ya que ésta había quedado enrollada en su cintura.

—Vine a contarte algo muy importante —dijo la mujer todavía estirando su ropa.

—¿Y qué es más importante que el placer?

La mujer sonrió.

—Tu posible competencia en esta empresa.

Aarón frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

—De la nueva arquitecta.

Aarón sonrió.

—¿Otro nuevo iluso que cree que podrá sobrepasarme? —dijo mientras volvía a tomar asiento con actitud altiva.

—Pues he escuchado que tiene un estupendo currículum —dijo la mujer yendo hacia él y sentándose sobre el escritorio justo frente a él.

—Siempre es lo mismo —dijo el hombre pasando su enorme mano sobre la pierna femenina envuelta en seda—. Uno nuevo que supone que puede superarme... y después la desilusión al saber que no puede hacerlo.

La mujer sonrió.

—Yo sólo quería contarte las nuevas. Y claro, como la convocatoria es abierta y para todos los arquitectos...

—Siempre es así, y siempre gano porque no hay ninguno mejor que yo —dijo Aarón levantándose y poniendo sus manos sobre los muslos de Esther. Después tironeó un poco para separarlos—. ¿Qué te parece si... pasamos a temas más importantes?



La mujer sonrió con lascivia y se estremeció cuando Aarón la tomó por las nalgas y la haló hacia él.

Durante los siguientes minutos, Aarón se entregó a la pasión en el cuerpo de su amante, y como siempre demostró que no sólo como arquitecto era el mejor.

## Capítulo 2

Alysson Smith dejó la caja de cartón sobre el pequeño escritorio de caoba en la oficina que le habían asignado en HomeLight. Miró alrededor con sus grandes ojos verdes llenos de expectativa y algo de nerviosismo.

Le gustaba.

No era una oficina grande, más bien era pequeña y algo modesta. Su mobiliario se reducía a un escritorio con una silla tapizada en paño visiblemente gastado por el uso y dos sillas más al otro lado de la mesa. La única pieza decorativa era un afiche publicitario de HomeLight que mostraba un bonito centro comercial construido por ellos hacía ya varios años.

No estaba mal. Para ser una principiante en la empresa, Aly había recibido un buen lugar. No se quejaba, más bien lo agradecía: le gustaban las cosas sencillas,

simples y descomplicadas, sin tantos adornos y sin presunciones: lo mejor era la sencillez.

Caminó hacia la ventana todavía cubierta por una cortina de color azul oscuro y la hizo a un lado para dejar que la luz de la mañana bañara el pequeño lugar.

Sonrió mientras el sol lavó el precioso rostro en forma de corazón. La piel blanca e inmaculada de su rostro comenzó a llenarse con un suave calor sonrosado mientras recibía con alegría no sólo ese nuevo día, sino también ese nuevo reto.

Aly acababa de ser contratada para trabajar como arquitecta en HomeLight. Había enviado su currículum hacía dos semanas cuando había llegado del extranjero y había sido llamada a pruebas y entrevistas. Después de ese largo proceso allí estaba, contenta, satisfecha porque sabía que su experiencia profesional iba a ser plenamente enriquecida en su trabajo con los demás arquitectos del equipo. ¿Podía pedirle más a la vida?

No. La vida había sido buena con ella y la había colmado de oportunidades. Había finalizado sus estudios básicos a los diecisiete años y sus magníficas salificaciones

le habían dado el honor de estudiar becada en la mejor universidad del país. Había elegido la arquitectura no sólo porque desde pequeña se había sentido atraída por las hermosas construcciones, sino también porque concebía la profesión como el espacio para crear y dar rienda suelta a su mente y poner todo aquello al servicio de los demás.

Por su brillantez había sido merecedora de estudiar una maestría en la misma universidad y posteriormente un doctorado en la mejor universidad del mundo. La experiencia la había llenado no sólo de conocimientos e ideas sobre las maneras más modernas y estéticas de hacer su labor, sino también de un sentimiento de servicio a los demás: su labor tenía que servir para aportar a la sociedad.

Había vuelto al país llena de sueños y metas, y se había presentado en varias compañías, hasta que su mejor amiga le dijo que con su currículum podía ganarse un lugar en HomeLight. Al principio lo dudó: aquella compañía era demasiado importante como para recibir a una joven de veintinueve recién graduada de un doctorado y con muy poca experiencia, Sin embargo, lo había intentado.

Y ahora estaba allí, en esa oficina que poco a poco ella llenaría de calidez, así como ahora lo hacía la luz del sol.

Caminó de nuevo hacia el escritorio y tocó la caja con sus escasas pertenencias. La abrió y comenzó a depositar sobre el mueble lo que había allí: un cuaderno de dibujo, un set de reglas, una agenda, un juego de lapiceras, y otro de lápices, implementos para delinear y un portarretratos. Todo aquello constituía su más grande tesoro, no por su valor material, sino por su valor sentimental: todo aquello había sido obsequiado por los niños del orfanato al que Aly ayudaba.

Pese a las críticas de su hermana, la única pariente que le quedaba después de la muerte de sus padres hacía varios años, Aly siempre había sido generosa y buena con quienes ella consideraba que lo necesitaban. Tiempo atrás, cuando estudiaba en la universidad, había conocido a las monjas dominicas quienes tenían un orfanato. Primero, la joven había ayudado como voluntaria cuidando a los pequeños, dictando clases de arte y dibujo o colaborando en la recolección de fondos para su sostenimiento. Después,

cuando consiguió un trabajo, parte de su sueldo iba a parar a la pequeña comunidad que se había convertido en su familia.

Había sido doloroso dejarlos cuando viajó a estudiar al extranjero, pero nunca se había olvidado de ellos ni se había desentendido: su colaboración económica continuó, y ahora que estaba de nuevo en casa se prometió reanudar su ayuda.

Un golpe en la puerta sacó a la joven de su actividad. Rápidamente caminó hasta la puerta y la abrió para encontrarse con el señor Pottier, uno de los socios más importantes de la empresa.

—Buenos días, señor Pottier —saludó la joven.

—Alysson, ¿cómo estás? ¿Ya estás instalada?

—Me estoy instalando —dijo la joven haciéndose a un lado para dejar que el hombre entrara en la oficina—. Y por favor, llámeme Aly como lo hace todo el mundo.

El hombre entró en el lugar y mentalmente contrastó con la oficina en la que había estado hacía pocos minutos la diferencia era notoria.

—Esta oficina... no creo que sea la mejor o la más adecuada para una arquitecta de tu categoría —dijo el hombre paseándose lentamente por el lugar.

—No se preocupe, señor Pottier, me parece acogedora. Pienso que es la más indicada para mí.

El hombre la miró con detenimiento. Era una mujer muy bella. No era demasiado alta, pero eso no importaba porque su cuerpo escultural la hacía lucir hermosamente femenina. El pantalón remarcaba sus torneados muslos, la redondez de su trasero y la estrechez de su cintura, mientras que la blusa de cuello alto hacía muy poco en su intento por esconder unos pechos generosos.

¿Por qué escondía ese cuerpo tan perfecto? ¿Acaso no sabía que muchas mujeres conseguían lo que querían en la vida sólo mostrando y ofreciendo su belleza?

—Yo creo que no —respondió el hombre—. Una profesional de tu rango debe estar en una mejor posición. La oficina ideal para ti sería una de las del décimo piso, donde están los empleados más importantes de HomeLight.

—No se preocupe —dijo la muchacha con sinceridad—. Estoy segura de que aquí me sentiré muy cómoda. Además, me gusta la manera en la que el sol entra por la ventana.

Pottier estaba sorprendido. La joven parecía sincera. Con todos sus títulos y su preparación parecía increíble ese carácter. Por un segundo pensó en Aarón; él jamás permitiría que lo trataran de esa manera.

—Como tú quieras, sin embargo, si cambias de parecer yo puedo hacer que te ubiquen en un mejor lugar.

—Le aseguro que no será necesario.

El hombre sonrió y ofreció a Aly una carpeta que hasta el momento la joven no había detallado que tenía.

—¿Qué es? —preguntó la joven con interés mientras la abría.

—Es la nueva convocatoria de la empresa. Verás: los Hoteles Miraland quieren remodelar sus sucursales y construir otros nuevos con diseños más vanguardistas. La junta directiva ha lanzado una convocatoria interna para sus arquitectos; deben presentar su diseño y quien consiga ganar tendrá el proyecto entero además de recibir una muy buena cantidad de dinero extra.

Aly sonrió mientras escuchaba a Pottier y leía el documento. Con una cantidad de dinero extra podría ayudar



a los niños del orfanato, incluso podría apoyar a su hermana que estaba pasando por un divorcio complicado.

—Que bien —comentó.

—Y eso no es todo —dijo él acercándose a ella—. Corre el rumor que, si todo sale bien, el arquitecto ganador se convertirá en el nuevo presidente de la compañía, pues nuestro presidente, el señor Johnstone está a punto de retirarse.

Aly levantó el rostro y Pottier observó con sorpresa que en ellos no se reflejaba la avaricia ni las ganas de poder, sino la sorpresa.

—Ah... pero ¿no sería precipitado algo así?

—Ya te dije: es un rumor... a veces no hay que hacer mucho caso.

Aly sonrió con visible alivio.

—Claro que sí —dijo ella.

—Tienes el potencial, Alysson... Aly. Estoy convencido de que una mente con ideas frescas como las tuyas tiene grandes posibilidades. Te animo a que te presentes.

La joven miró de nuevo los papeles que tenía en sus manos y en los que se explicaban todos los detalles.

—Pero sería un poco injusto ¿no cree? Si gano... soy nueva, estoy recién llegada y habrá aquí arquitectos con mayor trayectoria.

Pottier sonrió.

—Eso es lo de menos. Convocatorias como estas hay muchas, claro, no todas tan buenas. Todos han tenido grandes oportunidades. Piensa en que es tu oportunidad de darte a conocer no sólo en HomeLight, sino también afuera. No sientas dudas. Además, el dinero extra puede ser un aliciente.

Aly volvió a pensar en los niños del orfanato. Necesitaban el dinero. Con él podrían comprar camas nuevas y mejorar las aulas de estudio. Si fuera sólo por ella quizás declinaría, pero no podía ser tan egoísta, tenía que pensar en los demás.

Sonrió.

—Sí, voy a participar.

Pottier sonrió también.

—Muy bien, Aly, me alegra mucho. No te mentiré diciendo que será fácil... la competencia es dura... como sabrás los mejores arquitectos del país trabajan para HomeLight y muy seguramente todos querrán participar. Pero por favor, no pienses que te digo esto para desanimarte, sólo quiero que seas consciente de la realidad. Yo pienso que tienes grandes posibilidades.

—Muchas gracias, señor Pottier —dijo Aly con agradecimiento.

—No tienes nada que agradecer —dijo el hombre caminando hacia la puerta—. Y reitero mi ofrecimiento para darte una mejor oficina.

—Ya le dije que no es necesario que se moleste. Gracias de todas maneras.

El hombre salió y dejó a Aly sola quien se sentó en su escritorio para leer el documento con más detenimiento.

Sí, sabía que no sería fácil, pero tampoco era imposible. Muchas veces había logrado lo que se había propuesto trabajando con esfuerzo y dedicación: podría volver a darse el milagro.

Sonrió decidida a poner su corazón en ese diseño, todo por los niños del orfanato.

## Capítulo 3

Con la elegancia y poderío de una pantera, Aarón caminaba por el pasillo central que conducía a presidencia. En sus manos llevaba los planos del último de sus proyectos y un folder con papeles importantes que debía remitir a otra dependencia. Si entregaba eso de una buena vez podría dedicarse al diseño que presentaría para la convocatoria; aunque sabía que sus diseños eran superiores a los de cualquier otro arquitecto, no debía confiarse demasiado.

De súbito, algo chocó contra él haciendo que los documentos que llevaba en las manos cayeran esparcidos por el suelo.

—Lo siento —dijo el muchacho asustado sin pensar en sus paquetes que también habían caído, pues el joven sabía que Aarón Cassidi no tenía un carácter fácil y se enfadaría con él.

Y de hecho así fue.

—¿Por qué no te fijas por dónde andas? —preguntó Aarón furioso al asustado mensajero que había osado chocarse con él.

—Lo siento señor —dijo el muchacho atemorizado—. Venía con todos esos paquetes y no me di cuenta de que usted estaba aquí.

—¡Pues debiste haberlo hecho! ¿Acaso no sabes que hay que mirar por donde uno va caminando? Si lo hubieras hecho, habrías podido evitar el choque —argumentó el hombre malhumorado.

—Pues lo mismo cuenta para usted —dijo una voz femenina desde atrás—. Por si no se da cuenta la carga del muchacho era más grande que la suya y le obstaculizaba la visión: ¿cuál es su excusa para no ver por dónde camina?

Por un instante Aarón sintió que la ira aumentaba en su interior. ¿Quién se atrevía a hablarle así? Jamás, nadie había osado dirigirse de esa manera al mejor y más importante arquitecto de toda la empresa. No reconoció la voz, seguramente era una empleada nueva y si esa

desconocida no sabía quién era él, pues ahora mismo lo iba a escuchar.

Se giró completamente dispuesto a cantarle sus verdades a la mujer, no obstante, lo que vio lo dejó ampliamente sorprendido y mudo.

Una mujer no muy alta, de cabello rubio y hermosos ojos verdes estaba justo allí con las manos en la cintura, desafiándolo. Quiso mover su boca con algún comentario mordaz que la pusiera en su sitio y la dejara avergonzada por haberle hablado de esa manera, pero era imposible articular palabra, sencillamente no podía: su belleza lo había golpeado en el estómago y lo había dejado noqueado.

Hacía mucho una mujer no lo impactaba tanto a primera vista. Y ciertamente no una que se atrevía a hablarle de manera ofensiva. Pero ella era distinta... había algo... algo que no podía describir. Era su presencia, quizás su voz y su hermosura. Era la forma desafiante que estaba adoptando, la manera de encararlo; una manera que le daban ganas de acabar tomándola por la cintura y estrechándola contra su cuerpo para mostrarle quién era él.

Aarón se sorprendió ante el giro extraño que estaba dando su mente; sólo bastó verla para que su cuerpo pasara del calor de la ira al calor del deseo: la sangre fluyó rápidamente hacia su masculinidad provocando que ésta comenzara a hincharse. ¿Cómo podía desear a una mujer así, de esa manera repentina? Trató de dominar su cuerpo traicionero, pues no podía dejar que una emoción se apoderara de él.

Pero Aarón no fue el único afectado con ese súbito encuentro: Aly también quedó impactada con la presencia del hombre.

Minutos atrás, la joven caminaba por el pasillo que la conducía a la oficina de presidencia para manifestar su deseo de participar en la convocatoria, cuando de repente vio el cuerpo alto y fuerte de un hombre avanzar frente a ella que en vez de fijarse en el camino estaba mirando lo que llevaba en sus manos de manera imprudente. En cuestión de segundos notó que el mensajero de la compañía avanzaba por el mismo lado y que el choque iba a ser inminente; quiso advertirlo, pero era demasiado tarde. Sin embargo, lo que realmente la indignó fue el tono altanero que había adoptado



el hombre que sin dudas era más culpable que el otro. Al verlo reñir al pobre muchacho no pudo evitar salir en defensa del más débil.

Justo cuando el hombre se giró para verla, Aly quedó estupefacta. Nunca antes había visto un hombre más magnífico que ese.

Era muy alto, con un cuerpo más atlético que el de un modelo de ropa masculina; era notorio que bajo el atuendo caro y de marca había un cuerpo cuidado y entrenado. Su piel era bronceada y contrastaba perfectamente con sus ojos de color dorado, unos ojos que parecían querer escudriñarla. Su rostro era magnífico: pómulos y mentón fuerte, nariz recta, frente amplia y labios sensuales. ¿Qué se sentiría ser besada por ellos? ¿Qué sentiría su piel delicada al ser acariciada en su cuello o su pecho?

Aly sintió una extraña pesadez en sus senos, una que no sentía hacía mucho tiempo. Sintió que la blusa se ceñía sobre su busto y adivinó que los pezones, que comenzaban a endurecerse como piedras anhelantes de caricias, se podrían detallar a través de la tela mientras que su vientre comenzaba a experimentar un insólito anhelo.

Tenía que dominarse. Nunca antes había experimentado una ráfaga de deseo como aquella con sólo un vistazo a un buen espécimen masculino. ¿Qué le pasaba? Esa no era la Aly de siempre.

—Yo... lo lamento —dijo el joven mensajero interrumpiendo los pensamientos de Aarón y Aly que se habían quedado absortos.

Aly sacudió su cabeza imperceptiblemente con la clara intención de borrar la súbita atracción que ejercía el hombre allí de pie.

—No —dijo ella—. Es él quien debe disculparse.

—¿Yo? ¿Disculparme? —preguntó Aarón concentrándose de nuevo en el hecho—. ¿Con un simple mensajero?

—Él tiene una excusa para no ver por dónde iba: con tantas cosas encima era casi imposible —alegó Aly—. Sin embargo, usted no tiene ninguna. La responsabilidad es toda suya.

—Yo... lo lamento —repitió el joven mensajero con la clara intención de terminar todo aquel asunto lo más pronto posible y sin causar ningún problema.

—Sí, láméntelo y recoja esos papeles —dijo Aarón señalando los planos y su informe.

—No lo haga —ordenó Aly antes de que el hombre joven pudiera agacharse y comenzar a recoger los documentos—. Que lo haga él.

Aarón vio la valentía y la obstinación claramente dibujados en el rostro hermoso de la mujer. La joven tenía el ceño fruncido y sus labios estaban ligeramente doblados hacia arriba: era notorio que estaba enfadada. ¿Cómo sería su rostro anhelante de deseo? Súbitamente sintió ganas de pegar su boca a la de ella y hacer desaparecer el gesto de enfado y terquedad e incitarla a la pasión.

—¿Entonces lo hará usted? —preguntó Aarón tratando de aniquilar el súbito pensamiento que había invadido su mente.

—Por supuesto que no —contestó ella—. Es más, debería ser usted quien tendría que levantar, no sólo sus documentos, sino también los paquetes del joven.

Aarón no podía creer lo que oía. Esa mujercita le estaba dando órdenes, le estaba diciendo que levantara los

paquetes de un simple mensajero. Era insólito. De sus labios escapó una risa musical y varonil que invadió el ambiente.

Aly no pudo evitar verse afectada por esa risa. Era encantadora y fascinante; quiso reírse con él.

*¿Qué demonios te pasa, Alysson? Se reprendió. Pon a ese arrogante en su lugar.*

—¿Puedo saber de qué se ríe? —preguntó ella acercándose un poco más a él, todavía con sus manos en la cintura dejando ver su enfado.

—De lo que me dice. Es tonto e inconcebible —dijo él dejando de reír.

—Si usted es el culpable, usted debe reparar el error.

—No tengo la culpa de que el joven sea tan tonto; yo no tengo por qué levantar nada y tampoco disculparme.

Aly montó en cólera.

En un segundo, la joven se alejó de él y se agachó para levantar los paquetes del mensajero a fin de entregárselos. En cuanto el muchacho la vio se arrodilló en el suelo y la ayudó.

Si Aarón se había visto impactado al ver a la joven de pie, ahora se sintió mucho más atraído al verla acurrucada.

En esa posición las perfectas y redondas nalgas se marcaban sobre la fina tela del pantalón, así como sus piernas torneadas. Sintió que las manos le picaron por acariciar y llenarse con esas redondeces perfectas. El cabello de la muchacha caía lacio sobre la espalda y llegaba a su cadera donde se chocaba con las nalgas; era una imagen tremendamente erótica. ¿No sabía esa mujer lo deseable que era en esa posición? ¿No se imaginaba todo lo que un hombre podía fantasear al verla así, arrodillada en el suelo?

Aly y el muchacho terminaron de recoger los paquetes ante la curiosa mirada de Aarón.

—Señorita... no tenía que haberse molestado —dijo el joven mensajero visiblemente abochornado por el hecho.

—No se preocupe, parece ser que la gentileza y la amabilidad no son propias de todas las personas de esta empresa —dijo ella mirando a Aarón.

—Y parece que la prudencia y la templanza no son propias de otras —dijo Aarón—. ¿Por qué no se ocupa de sus propios asuntos?

Aly sintió que la ira recorría su cuerpo.

—¿Acaso piensa que me voy a quedar indolente ante la injusticia? —preguntó plantándose frente al hombre.

—Señorita... no es necesario que... —dijo el asustado mensajero, todavía allí.

—Márchese de una buena vez —ordenó Aarón al joven—. Ya estoy cansado de esto y tengo más cosas que hacer.

En pocos segundos el hombre se había alejado de allí dejándolos solos.

—No tenía por qué hablarle de esa manera —insistió Aly—. Fue injusto con él.

—Eso no es asunto suyo. Y ya que se cree tan generosa, levante mis planos —dijo Aarón, mirando lo que se le había caído al suelo.

Aly sintió furia, quería plantarle una bofetada.

Rápidamente se agachó y tomó los documentos del hombre y enseguida se los arrojó al pecho. Por la rapidez del hecho y la sorpresa Aarón no los tomó, sino que dejó que cayeran nuevamente.

—Ahí están —dijo ella—. ¿No los quería? Pues ahí los tiene.

¿Qué se creía esa mujercita?

El hombre no pudo aguantar el impulso que lo llevó a tomarla por los brazos y a ponerla de espaldas contra la pared mientras que su cuerpo varonil se reclinaba sobre ella acorralándola para que no escapara.

—¿Quién se cree? —preguntó él furioso.

—¡Suélteme! —dijo ella casi en un susurro.

Sus rostros quedaron a menos de cinco centímetros y en esa posición, cada uno fue plenamente consciente de la presencia del otro.

Aly no pudo evitar sentirse admirada ante la fuerza majestuosa de ese hombre. Si él quería podría fácilmente dominarla y hasta romperle un brazo con esos poderosos bíceps que se tensaban bajo la camisa de color claro. El calor que expedía le dejaba ver que era un hombre de sangre caliente que reaccionaba con furia y se defendía en caso de ser necesario. Al mismo tiempo se dijo que esos brazos podrían ser también protectores: perfectamente podría verse encerrada y acunada en ellos mientras recuperaban el aliento después de un interludio de pasión.

*Otra vez, Aly. No pienses en esas cosas, no es propio de ti.*

Pero Aly no era la única que se sentía así. Un aroma dulce y a la vez picante llegó a la nariz de Aarón; ¿sería un perfume o su aroma natural de mujer? ¿Cómo olería su piel bajo esa blusa que escondía sus pechos? ¿O bajo ese pantalón? ¿Cómo olería su piel desnuda? No pudo evitar que la excitación se apoderara de él de la manera más natural pensando en esa mujer sin ropa.

—Suélteme —repitió ella en voz baja.

Pero él no quería. No quería soltarla. De hecho, lo que quería hacer era llevarla a otro lugar, uno en el que nadie interrumpiera para besarla hasta dejarla sin aliento, para acariciarla hasta llenarla de deseo y para penetrarla una y otra vez hasta llegar al clímax.

—Le doy un consejo —comenzó él tratando de dominar la reacción física de su deseo traicionero para que ella no lo notara—, no vuelva a cruzarse en mi camino. Se nota que no sabe quién soy yo.

Aarón la soltó y la joven se alejó un poco para frotarse los brazos: aunque no supo si para aliviar su carne



maltratada o para tratar de atrapar un poco del calor que él le había transmitido.

—Sí, sí sé quién es usted —dijo la joven con gesto aún desafiante—. Usted es un patán arrogante y autoritario.

Aarón estaba verdaderamente sorprendido. Jamás se imaginó que después de la forma en que él había tratado de intimidarla a ella le quedaran fuerzas y ánimos para volver a desafiarlo. Sintió admiración por ella.

¿Admiración?

No. Eso no era propio de él.

Esa pequeña bruja era una arpía que lo tentaba con su cuerpo y lo ofendía con sus labios; unos labios a los que podría darles un mejor uso.

—Y tú eres una pequeña bruja entrometida. Espero no tener que verte más por aquí.

Lo que Aly iba a decir se vio interrumpido cuando la puerta de la presidencia de la compañía se abrió y dio paso a Pottier y a Johnstone, el actual presidente de la compañía.

—Aly, veo que ya conoces a Aarón Cassidi —dijo Pottier llegando hasta ellos seguido por el otro hombre.

¿Aarón Cassidi? ¿Ese patán, arrogante y soberbio era el mejor arquitecto del país? No. No podía ser.

Cuando Aly supo que iba a trabajar en HomeLight, se sintió eufórica al saber que iba a conocer y a compartir espacio laboral con el mejor arquitecto de los últimos tiempos. Desde que estaba en la universidad había conocido los diseños de Aarón Cassidi mediante referencia y sabía que sus trabajos eran los más impecables, los mejores y más famosos, y el saber que iba a conocerlo la llenó de satisfacción y alegría pues pensó que podría aprender mucho de un experto como él.

Y ahora se daba con la noticia de que su más admirado arquitecto era un completo engreído y altanero. Todavía no lo podía creer. Una persona tan inteligente y talentosa tenía que ser un hombre maravilloso: tierno, amable y gentil, no como él. La desilusión era más que devastadora.

Aarón observó con deleite el desconcierto de Aly. Muy seguramente esa mujercita, salida de quien sabe dónde, ahora se desharía ofreciéndole disculpas por el modo en que lo había enfrentado. Sí, ya la vería humillada ante él pidiendo que la perdonara su comportamiento.

—Sí, ya tuve ese dudoso placer —dijo Aly sin cambiar o disimular el tono enfadado de su voz.

No lo podía creer. Sencillamente Aarón no lo podía creer. ¿Dónde estaban las disculpas y las palabras de arrepentimiento por la manera en cómo se había comportado? ¿Qué estaba sucediendo?

—Que bien que ya se van conociendo —dijo Johnstone.

—Sin embargo, parece que no los han presentado formalmente dijo Pottier—. Aly, este es Aarón Cassidi, el mejor arquitecto de la empresa y también del país.

—Y del mundo —añadió Aarón extendiendo la mano hacia la joven; quizás las disculpas llegarían ahora.

Aly observó la mano por un instante y deseó sinceramente no responder al saludo, pero no quería reflejar una imagen negativa ante Pottier y Johnstone, así que estiró su propia mano para responder y dejó que esos dedos fuertes envolvieran los suyos más pequeños.

Y de nuevo la electricidad pareció pasar de uno hacia otro, pero ambos decidieron ignorarla.

—Aarón, ella es Alysson Smith, la nueva arquitecta de la empresa —dijo Pottier.

Así que era una nueva compañera de trabajo. Una arquitecta más que pensaba que podía superarlo en la empresa. Si era así, estaba muy equivocada porque él había sido el mejor y lo seguiría siendo.

—Tanto gusto —dijo él apretando ligeramente la pequeña mano que tenía todavía entre la suya antes de soltarla.

—Igualmente —dijo Aly sintiendo el vacío de las palabras. Si quizás lo hubiera conocido en otra circunstancia no se habría llevado una mala imagen de él. ¿O sí? ¿Cómo sería sin esa capa de soberbia que parecía llevar consigo ahora?

—No te imaginas, Aarón, el currículo de Aly —dijo Pottier.

—La verdad no me interesa —dijo el aludido cortante.

Aly sintió ganas de abofetearlo. ¿Es que ese hombre no conocía el significado de la palabra humildad? ¿Por qué era tan arrogante?

—Bueno, Aarón... deberías ser más... —dijo Pottier con cierta vergüenza.

—Yo sólo venía a confirmarle al señor Johnstone mi participación en la convocatoria interna para el proyecto de Miraland —interrumpió Aarón—. Y por supuesto, mi intención de ganar.

—Me parece muy bien —dijo Johnstone—. Será una buena oportunidad de volver a medir fuerzas con los arquitectos que quieran competir. ¿Y tú Aly, qué dices, participas?

Aarón quiso reírse. ¿Ella? ¿Una principiante? No. Claro que no participaría y menos sabiendo que él iba a entrar en competencia.

—Por supuesto que sí —respondió la aludida—. De hecho, venía a hablarle de mi decisión de participar.

Cuando Aarón observó a Aly, vio en su cara una sonrisa de ánimo. Así que la pobre ilusa creía que podía ganarle. Pobrecita, qué desilusión se llevaría cuando viera que no era así. Los labios de Aarón esbozaron un gesto burlón algo perverso al imaginar la derrota de esa pequeña bruja.

—Que bien —dijo Johnstone—. Será una competencia muy reñida y por supuesto, con ideas brillantes.

—Claro que sí, no dudo que será impresionante —dijo Pottier—. Si nos disculpan, vamos para una junta. Les deseamos éxitos a los dos en sus propuestas.

En un par de segundos, Pottier y Johnstone habían desaparecido por el pasillo dejando a Aly y a Aarón solos.

—Yo diría que la competencia no será tan reñida —dijo Aarón—. Aquí sólo hay un ganador.

Aly no podía creer que ese hombre fuera tan orgulloso.

—Yo pienso igual —dijo ella—. Es más que evidente que esta compañía necesita ideas innovadoras y frescas.

—Necesita lo que siempre he sabido dar —refutó Aarón con solidez.

—Eso lo veremos —dijo ella antes de alejarse por el pasillo.

—Sí, lo veremos —respondió él, pero ella ya no estaba allí para oírlo.

Mientras la joven se alejaba, Aarón observó su precioso y larguísimo cabello rubio caer por su espalda y

acariciar con sus puntas las redondas nalgas: no podía negar que esa era la bruja más hermosa que había conocido en años; de nuevo su cuerpo quiso ganarle la batalla en ese reconocimiento erótico.

Competir contra ella no sería difícil, lo difícil sería dominar las reacciones de su cuerpo cada vez que tuviera que tenerla cerca.

Pero él siempre ganaba; todas las batallas y las guerras sin excepción, y esta vez no iba a ser diferente.